UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

El conde abrió los ojos y dirigió en derredor suyo una mirada investigadora; vió un dormitorio confortable, pero sencillo; una alfombra con obscuros topos, imitando una piel de leopardo, recubría el suelo; unas cortinas de tapicería, que Juan acababa de entreabrir pendían en las ventanas y vestían las puertas; los muros estaban cubiertos de un papel aterciopelado de un tono verde unido, simulando tela. Un reloj formado de un bloque de mármol negro, con cuadrante de platino, rematado por una pequeña estatua en plata oxidada, de la Diana de Gabies, reducida por Barbedienne y acompañada de dos copas antiguas, también de plata, decoraba la chimenea de mármol blanco y venas azuladas; el espejo de Venecia, donde el conde había descubierto la víspera que no poseía ya su rostro habitual y un retrato de mujer anciana, pintado por Flandrin, sin duda el de la madre de Octavio, eran los únicos adornos de esa estancia, un poco triste

y severa; un diván, un sillón a la Voltaire situado junto a la chimenea, una mesa con cajones cubierta de papeles y libros componían un mobiliario cómodo, que no recordaba para nada, sin embargo, la suntuosidad de la casa de Labinski.

—¿El señor se levanta?—dijo Juan, con una voz suave, aprendida durante la enfermedad de Octavio, presentando al conde la camisa de color, el pantalón de franela y la *gandoura* de Argel, trajes matutinos de su amo. Aun cuando repugnó al conde ponerse los trajes de un extraño, no le quedó más remedio que aceptar los que Juan le presentaba, a menos de quedarse desnudo. Puso, pues, los pies sobre la piel de oso sedosa y negra que estaba junto a la cama, y se levantó.

Su *toilette* pronto estuvo lista, y Juan, sin parecer concebir la menor duda acerca de la identidad del falso Octavio de Saville, a quien ayudaba a vestirse, le dijo:

—¿A qué hora desea el señor desayunarse?

—A la hora de costumbre—respondió el conde, que a fin de no hallar dificultades en las diligencias que se proponía hacer para recobrar su personalidad, había resuelto aceptar exteriormente su incomprensible transformación.

Juan se retiró, y Olavo de Saville abrió las dos cartas traídas junto con los periódicos, esperando hallar algunos informes; la primera contenía amistosos reproches y se quejaba de la interrupción inmotivada de unas tan buenas relaciones amistosas; la firmaba un nombre desconocido para él. La seguna era del notario de Octavio y le daba prisa para que fuera a recoger unas rentas vencidas hacía tiempo, o al menos asignara un empleo a ese capital que permanecía improductivo.

—Vaya; parece ser—se dijo el conde—que ese Octavio de Saville, cuya piel ocupo bien a pesar mío, existe realmente; no es un sér fantástico, un personaje de Arnim o de Brentano: no deja de haber una mansión, unos amigos, un notario, unas rentas que encauzar, todo, en fin, lo que constituye el estado civil de un gentleman. Sin embargo, yo aseguraría que soy el conde Olavo Labinski.

Una mirada al espejo le convenció de que esta opinión no sería compartida por nadie; a la viva luz del día, a la dudosa luz de las bujías el reflejo era idéntico.

Continuando la visita domiciliaria, abrió los cajones de la mesa: en uno encontró títulos de propiedad, dos billetes de mil francos y cincuenta luises, que se apropió sin escrúpulos para las necesidades de la campaña que iba a emprender, y en el otro había una cartera de piel de Rusia cerrada por medio de un resorte secreto.

Juan entró anunciando a Mr. Alfredo Humbert, quien atravesó la habitación con la familiaridad de un amigo antiguo, sin espera a que el criado fuese a darle la respuesta de su señor.

—Buenos días, Octavio—dijo el recién venido, que era un hermoso joven de fisonomía franca y

jovial—, ¿qué haces; qué piensas hacer? ¿Estás muerto o vivo? No se te ve en ninguna parte; te escriben y no contestas. Debía reñir contigo, pero no tengo bastante amor propio cuando media tanto afecto, y vengo para estrechar de nuevo tu mano. ¡Qué diablo!, yo no puedo permitir que un antiguo compañero de colegio muera de melancolía en el fondo de esta habitación tan lúgubre como la celda de Carlos V en el monasterio de Yuste. Te has llegado a figurar que estás enfermo y te fastidias, helo ahí todo; yo te obligaré a distraerte, y en uso de mi autoridad, te voy a llevar a un alegre almuerzo en el que Gustavo Raimbaud entierra su libertad de soltero.

Después de esta relación, a la que dió un tono medio serio y medio cómico, cogióle la mano al conde y se la estrechó según el uso inglés.

—No—le contestó el marido de Prascovia, acordándose del papel que estaba desempeñando—hoy sufro más que de ordinario; no me siento en disposición de ir a una broma, de suerte que en vez de alegrar vuestra comida sería un motivo de tristeza.

—Efectivamente; estás muy pálido y tienes un aire fatigado; ¡qué buena ocasión te pierdes! Me voy corriendo, porque me está haciendo falta el comer tres docenas de ostras y beber una botella de Sauterne—dijo Alfredo dirigiéndose hacia la puerta—. ¡Cuánto sentirá Raimbaud el que no acudas!

Esta visita aumentó la tristeza del conde; Juan le tomaba por su señor; Alfredo por su amigo. Una

última prueba le faltaba. Abrióse la puerta; una señora en cuyos cabellos se entremezclaban algunos hilos de plata y que se parecía de una manera extraordinaria al retrato que había colgado en la pared, entró en el cuarto, se sentó en el sofá y le dijo al conde:

—¿Cómo te encuentras, querido Octavio? Juan me ha dicho que anoche volviste muy tarde y en un estado de extraordinaria debilidad; cúidate mucho, hijo mío, porque tú sabes lo que te quiero a pesar de la pena que me causa esa inexplicable tristeza que te devora, y cuyo origen aun no me has querido decir.

—No tengáis miedo, madre mía, esto no ofrece ninguna gravedad—contestó Olavo de Saville—; me encuentro mucho mejor que estos últimos días.

Mme de Saville, confiada en las palabras del que creía su hijo, se levantó y marchóse, porque sabía que a éste no le gustaba que le turbasen en su soledad.

—Pues, señor, decididamente me he convertido en Octavio de Saville—exclamó el conde cuando hubo salido la señora—; su madre me reconoce y no adivina un alma extraña bajo la epidermis de su hijo. Quizá me veo encerrado para siempre en esta envoltura. ¡Se puede dar al alma prisión más extraña que el cuerpo de otro! Es duro el tener que renunciar a ser el conde Olavo Labinski, perder sus armas, su mujer, su fortuna y verse reducido a una triste y vulgar existencia. ¡Ah! yo rasgaré para sa-

lir de ella esta piel de Nessus que se une a mi sér y la arrojaré hecha jirones a los pies de su dueño. ¡Si volviese al hotel! ¡No! Daría un escándalo inútilmente y el suizo me pondría a la puerta de la calle, porque yo no tengo valor ni fuerza desde que visto este traje de enfermo; vamos a ver, procuraremos averiguar algo de la vida de este Octavio de Saville, cuyo papel desempeño yo mismo.

Trató de abrir la cartera. Casualmente dió con el resorte y quedóse abierta a su curiosidad. El conde sacó de los bolsillos de cuero muchos papeles ennegrecidos por un escrito menudo y estrecho; después encontró un pedacito de vitela, sobre el que una mano poco hábil, pero fiel, había dibujado con la memoria del corazón y con el parecido que pocas veces consiguen los grandes artistas, un retrato al lápiz de la condesa Prascovia Labinski. Era imposible no reconocerla a la primera mirada.

El conde quedóse estupefacto ante este descubrimiento. A la sorpresa sucedió un furioso movimiento de celos. ¿Cómo se encontraba el retrato de la condesa en la cartera secreta de aquel joven desconocido? ¿De dónde lo había sacado, quién lo había hecho, quién se lo dió? ¿Aquella Prascovia, tan religiosamente adorada, habría descendido de su cielo de amor a una intriga vulgar? ¿Qué burla infernal le había encarnado a él, el marido, en el cuerpo del amante de aquella mujer a quien hasta entonces había creído tan pura? ¡Sarcástica metamorfosis, cambio de posición capaz de volverle

loco, porque merced a ella podía engañarse a sí, ser a un mismo tiempo Clitandro y Jorge Dandin!

Todas estas ideas hervían tumultuosamente en su cerebro; comprendía que su razón estaba pronta a perderse, e hizo para recobrar la calma, un esfuerzo supremo de voluntad. Sin escuchar a Juan, que estaba diciéndole que el almuerzo le esperaba en la mesa, continuó con un temblor nervioso el examen de la cartera misteriosa.

Las hojas formaban una especie de diario psicológico abandonado y vuelto a emprender en diferentes épocas; he aquí algunos fragmentos que el conde devoró con una suprema ansiedad:

«¡Ella no me querrá nunca, nunca, nunca! He leído en sus dulces ojos quella frase tan cruel. Dante no encontró otra más dura para escribirla sobre las puertas de bronce de la ciudad Doliente: «Perded toda esperanza.» ¿Qué mal le ha causado a Dios para que me condene en vida? ¡Mañana, el otro y siempre estaré en la misma situación! Los astros pueden entrecruzar sus órbitas, las estrellas en conjunción unirse, pero en mi destino nada se puede cambiar. Con una sola palabra ha disipado el sueño; con un gesto ha roto sus alas a la quimera. Las combinaciones fabulosas de los imposibles no me ofrecen ninguna ventaja; las cifras, arrojadas un millar de veces en la rueda de la fortuna, no saldrán nunca. ¡No hay número posible para ganar yo!

»¡Cuán desgraciado soy! Sé que el paraíso está

cerrado para mí, y, sin embargo, permanezco estúpidamente sentado a su entrada y reclinado sobre su puerta, que nunca se abrirá, y lloro en silencio, sin agitación, sin esfuerzos, como si mis ojos fuesen dos fuentes de agua. No tengo suficiente valor para levantarme a penetrar en el desierto inmenso o en la Babel tumultuosa de los hombres.

»Algunas veces, me es imposible dormir cuando durante la noche me acuerdo de Prascovia, y si duermo, la sueño; ¡ah, cuán bella estaba aquel día en el jardín de la villa Salviati, en Florencia! ¡Aquel traje blanco, adornado con un cinturón negro, era precioso y fúnebre! ¡El blanco para ella, el negro para mí! ¡Algunas veces las cintas, agitadas por el aire, formaban una cruz sobre el fondo blanco, y mi espíritu invisible decía en voz baja la misa de difuntos de mi corazón!

»Si alguna catástrofe inaudita pusiese sobre mi frente la corona de los emperadores y de los califas; si la tierra sangrase para mí sus venas de oro; si las minas de diamantes de Golconda y de Visapur me dejasen escarbar sus brillantes gargantas; si la lira de Byron resonase bajo mis dedos; si las obras maestras del arte antiguo y moderno me prestasen sus bellezas; si, en una palabra, yo llegase a descubrir un mundo, no por ello habría adelantado nada.

»¿Cuál es mi destino? Tenía deseos de ir a Constantinopla y allí no la hubiese encontrado; me quedo en Florencia, la veo y me muero.

»De buena gana me hubiese suicidado; pero ella respira el aire en que vivimos y quizá mi labio aspire en su avidez—¡oh dicha inefable!—un efluvio lejano de su soplo embalsamado, y si por acaso fuese desterrada mi alma culpable a otro planeta, tampoco tendré la esperanza de que me ame en la otra vida. Y estar aún separados allá lejos, ella en el paraíso, yo en el infierno: ¡pensamiento horrible!

»¿Por qué he de amar precisamente a la única mujer que no puede amarme? Otras que pasaban por hermosas y que eran libres me sonreían con su más tierna sonrisa, y parecía que buscaban una declaración que nunca llegaba. ¡Oh, cuán feliz debe ser él! ¿Qué habrá hecho en su vida anterior que Dios le recompensa con el magnífico don de su amor?»

...Era inútil leer más. Las sospechas que el conde había podido concebir ante el retrato de Prascovia, se habían desvanecido desde las primeras líneas de estas tristes confidencias. Comprendió que la imagen querida, retocada mil veces, había sido acariciada lejos del modelo con esa paciencia infatigable del amor desgraciado y que era la Virgen de una capillita mística, delante de la cual se arrodillaba la adoración sin esperanza.

¡Pero y si este Octavio hubiese hecho un pacto con el demonio para robarme el cuerpo y sorprender bajo mi misma forma el amor de Prascovia!...

Era tan increíble en el siglo XIX semejante supo-

sición, que la tuvo que desechar en seguida, a pesar de que le había turbado de una manera extraña.

Sonriéndose de su propia credulidad, comióse algo enfriado el desayuno que le había servido Juan, vistióse y pidió el carruaje. Cuando estuvo arreglado hizo que le condujese a casa del doctor Baltasar Cherbonneau; atravesó aquellos salones donde había penetrado el día anterior, llamándose aún el conde Olavo Labinski y de donde había salido saludado por todos con el nombre de Octavio de Saville. El doctor estaba sentado como de ordinario en el diván del último salón, con un pie entre sus manos y como sumido en una profunda meditación.

Al ruido de los pasos del conde, levantó la cabeza.

—¡Ah!, sois vos, mi querido Octavio; iba a visitaros en vuestra casa, pero es una buena señal que el enfermo venga a ver a su médico.

—¡Siempre Octavio! —exclamó el conde—. ¡Creo que la rabia va a volverme loco!

Después, cruzando los brazos y encarándose con el doctor, le dijo mirándole con una terrible fijeza:

—Demasiado sabéis, Mr. Baltasar Cherbonneau, que yo no soy Octavio, sino el conde Olavo Labinski, supuesto que ayer por la noche me robasteis aquí mismo la piel por medio de vuestra exótica hechicería.

Al oir estas palabras, el doctor soltó una enorme

carcajada, se echó sobre los almohadones y se puso las manos en los costados para contener las convulsiones de su alegría.

—Moderad, doctor, esa intempestiva jovialidad, de la cual os podríais arrepentir. Hablo formalmente.

—Tanto peor para vos, porque esto probaría que la anestesia y la hipocondria, cuyas enfermedades son la causa de que yo os asista, degeneran en demencia. Será preciso que mudemos de régimen para poneros bien.

—¡No sé cómo me contengo, doctor del diablo, y cómo no os he estrangulado ya por mis propias manos!—exclamó el conde adelantándose hacia Cherbonneau.

El doctor se sonrió ante las amenazas del conde, y tocándole con la punta de una varilla de acero, le hizo experimentar una conmoción terrible, hasta el punto de creer que le había roto un brazo.

—Nosotros poseemos medios bastantes para domar a los enfermos cuando se insubordinan—dijo el doctor dejando caer sobre él su mirada fría como una ducha—, medios que sujetan a los locos y hacen arrastrarse por el suelo a los leones. Volveos a casa, tomad un baño y se calmará la sobreexcitación en que os encontráis.

Olavo de Saville, aturdido por la corriente eléctrica, salió de casa el doctor Cherbonneau más incierto y turbado que nunca. Hizo que el cochero le

condujese a Passy, a casa del doctor B***, a quien quería consultar.

—Me encuentro—le dijo al célebre médico—propenso a una extraña alucinación: cuando me miro a un espejo, el rostro aparece con facciones distintas; la forma de los objetos que me rodean varía; no reconozco ni las paredes ni los muebles de mi habitación, y acabo por creer que soy otra persona distinta.

—¿Bajo qué aspecto os veis?—preguntó el médico—; el error puede ser hijo del cerebro o de los ojos.

—Me veo con los cabellos negros, los ojos de un azul subido, el rostro pálido y con barba.

—Las señas inscritas en un pasaporte no serían más exactas. No padecéis ni alucinación intelectual, ni perversión de la vista. Sois, efectivamente, tal cual decís.

—¡De ningún modo! Yo tengo los cabellos rubios, los ojos negros, el cutis tostado y el bigote retorcido a lo húngaro.

—¡Ah!—repuso el doctor—; empieza una ligera alteración de las facultades intelectuales.

—Es decir, doctor, que no estoy completamente loco.

—Sin duda. Un poco de fatiga, algún exceso de estudio o de placer habrá causado esa turbación. Os equivocáis vos mismo; la visión es real, la idea es quimérica; en vez de ser un rubio que se ve moreno, sois un moreno que se cree rubio.

—Sucede, además, que tengo el convencimiento de que soy el conde Olavo Labinski, y todos, desde ayer, me llaman Octavio de Saville.

—Eso es precisamente lo que yo decía. Vos sois Mr. de Saville y os imagináis ser el conde Labinski, a quien recuerdo haber visto varias veces, y que es, efectivamente, rubio. De esta manera se explica muy bien el por qué de que encontréis en el espejo una cara distinta de la que esperabais; esa cara, que es la vuestra, no responde a nuestra idea interior y os sorprende. Reflexionad mucho sobre eso de que todos os llamen Octavio de Saville, y que por lo mismo no participen de vuestra creencia. Venid a pasar quince días conmigo; los baños, el reposo, los paseos bajo los grandes árboles disiparán esa influencia perjudicial.

El conde inclinó la cabeza hacia el suelo y prometió volver. No sabía qué pensar. Fué a su casa de la calle de San Lázaro, y vió casualmente, encima de la mesa, la tarjeta de invitación de la condesa Labinski que Octavio le había enseñado al doctor Cherbonneau.

—¡Con ese talismán—exclamó—podré ir a verla mañana!